

IMAGINAR Y CREAR CERTEZAS DESDE LA ESCRITURA

Linares Simancas, Juan Joel*

Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez
Venezuela

Resumen

¿Qué se escribe cuando se escribe? ¿Qué escenarios se persiguen cuando se atraviesa ese leve cuarto del lenguaje? ; Cuando fijamos y nos hacemos palabras, nos hacemos cuerpo. Más allá del asombro que encierra un poema o un simple hálito de ese ejercicio está la contemplación del milagro. Imaginar supone siempre un sentido, crear certezas desde el mismo lugar donde se enuncia el secreto, de ese universo complejo que busca siempre reincidir en el hecho circunstancial del acto creador. La palabra poética y lo que se inscribe en ella para dejar de ser inocente, liberarla desde su corpus el simple paso de la poesía para ser posteriormente revelación e instauración que nos permita redescubrir su intención, no solo comunicar, sino de ser reflexión y diálogo. Que la palabra sea, denuncia, misterio, ocultación desde los albores de lo discontinuo. Manifestación de lo sagrado, espacio de recuperación y del extravío.

Palabras clave: texto, lectura, imaginación, certeza

Abstract

What is written when do you write? What scenarios are pursued when the writer through that language mild quart? ; When we set and we create words, we create a word body. Beyond the astonishment which contains a poem or a simple breath of that exercise, we found the contemplation of the miracle. Imagining always implies a sense, creating certainties from the same place where is announced the secret, of that complex universe which always looks relapse in the circumstantial fact of the creating act. The poetic word and what is inscribed on it to leave its innocence, release it from its corpus the simple poetries passage to be subsequently revelation and establishment which allow us to rediscover its intention, not just to communicate, but to be reflection and dialogue. What the word be, complaint, mystery. Hiding from the dawn of discontinuous. Protest not only sacred, but as a place of recovery and misguidance

Keys words: text, reading, imagination, certainty.

*Estudiante de la Maestría en Literatura Latinoamericana ULA-NURR. Docente de la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez – Núcleo Valera. E-mail: caicare1@gmail.com

Finalizado: Valera, Enero-2012 / **Recibido:** 8 de Febrero-2012 / **Aceptado:** 2 de Mayo-2012

Me gustaría en primer lugar comenzar diciendo algo que siempre me ha parecido una revelación y una verdad. Decir por ejemplo algo que María Zambrano habría anunciado hace algún tiempo que “la poesía representaba la primera manifestación que se enfrentaría a ese mundo oculto de lo sagrado”. (Zambrano, 1993, p. 66). Quería decirnos más allá de la promesa divina que podía estar envolviéndola el conocimiento supremo acerca de las cosas. Tengo la sensación no muy esclarecida todavía de esta sentencia y de sus innumerables consecuencias que puedan tener otras formas o maneras de crear, y de emplear la palabra como primera mirada del hombre hacia el ancho y desconocido universo que le rodea. Algo que aún no se ha comprendido es que la palabra como primera manifestación del ser frente al mundo puede conducirnos de la mano a la reflexión; y de ahí a construir escenarios dialógicos que pongan al humano ser en un constante y difícil trabajo interior.

En ese arduo enfrentamiento el ser partiendo de ese ejercicio, explora y hace de la palabra poética una certeza pero imagina y siente que es dueño de la lluvia, del sueño, del mar. El ser se haya frente al secreto hablado, porque la poesía descubre con la voz el secreto, lo revela en palabra, la hace carne, hueso, espina, hombre, mujer, sobreviene lo que para Deleuze “será el devenir que solo se alcanza desde el sentido en el texto, sentido como principio supremo de la conciencia y que en la escritura será el nacimiento de lo dicho” (Deleuze, 1993, p. 13), y que para Zambrano será el secreto que es además una suerte de confesión. Sólo se halla el mundo cuando se descubre el secreto. Mas el poeta habla fuera del tiempo, libera las palabras para que se reconcilien con lo perdurable. Acto de liberación e instauración desde lo divino para ser posteriormente manifestación, denuncia, misterio. Es una ardua batalla que es emprendida desde los albores de la imaginación y que descansa en el nacimiento de la certeza. Habiendo el imaginar, la certeza viene de ser duda para ser posteriormente una verdad.

El poeta pretende desde una sucesión de hechos e instancias poéticas mostrar en carne viva la relación que existe entre ellas. Esa batalla entre decir y escribir no casi siempre acaba con la victoria. Al decir, dejamos parte de nuestras proezas, mas el escribir que viene a ser la concreción de lo dicho en otra derrota, pero ya no como perdurabilidad sino como presencia de lo combativo. Dejar finas constancias de lo transitado; y que concluye con el hecho palpable: la palabra que todo lo soporta más allá de lo dicho y lo comprendido.

Con la palabra poética la reacción es siempre la misma. Nos brota desde el interior con cierta premura la sensación de seguir en pie. Somos vencidos por la palabra que nos instaura y nos otorga una tregua siempre salvable, siempre que hayamos padecido el instante de no asir el tiempo. La palabra nos recoge en el mismo escenario que hemos sido vencidos. La escritura de ser o de permitirnos espacios de recuperación nos inscribe en el acto de comunicar. Nos hace cuerpos comunicables, nos orienta, nos dirige y nos vuelve a derrotar. Entonces se escribe para reconquistar las derrotas primeras, aquellas que no han sido asumidas por el sujeto que enuncia. Pero crear imaginarios y hacer de estos una certeza de lo real son los dos fundamentos que movilizan al escritor.

El poeta no sólo es vehículo de comunicación, es además responsable por lo dicho y lo hablado. Mas necesita fijar las palabras en el tiempo y en el espacio. Solamente se alcanza perdurabilidad cuando el secreto que es también comunicable es puesto frente al otro que igualmente es una certeza. Pero el otro que está delante de mí es mi sujeto, el otro como sí mismo como sentenciaría Paul Ricoeur. Ahora que se fija cuando hablamos de crear certezas desde el imaginario, creo que eso debió ser lo primero en resolver. Desde el corpus teórico nos hacemos mediante la palabra discurso que posteriormente se transforma en texto. Entonces diríamos y haciendo

una aproximación desde el ámbito de la interpretación que dejamos finas constancias de lo perdurable cuando nos hallamos frente a la relación que existe y lo intercepta el hecho de que la imagen que tenemos es casi siempre una referencia de la certeza. Mas vale decir que esta aproximación no sería válida si dijéramos que la certeza es una forma de la imaginación. Me sentiría mejor si la cuestión fuese como la mencionamos en un principio que la obra poética es un acercamiento a lo real mediante elementos que casi nunca se dicen pero que inevitablemente pasan a perdurar en el tiempo. Lo que sí pudiéramos estar casi seguros es que en la creación poética, sucede un misterio. Solamente se revela en obra cuando se crea la certeza de lo escrito y lo dicho, lo hablado no deja de ser siempre un combate que no cesa hasta que se escribe.

Pero el acto de la escritura es un acto solitario, no sólo basta que el atiborrado escritor ose emprender una dantesca y penosa pelea con el hecho creador sino que además debe comunicar lo dicho, lo escrito y con esto, generar una serie de reflexiones y cuestionamientos morales o sociales. De manera que no es sencillo enfrentar esta marea de circunstancias que describió Milan Kundera acerca de lo creado. El escritor, así visto frente al mundo no deja de ser un instrumento fiel de lo que hace con la palabra. No es el hecho de imaginar o crear certezas desde la poesía, como un acto de suprema felicidad y de liberación; la poesía entonces no es inocente desde ningún escenario que podamos estar creando. La poesía nos vuelve más sensibles, nos revela en obra, nos sostiene, pero nos condena, es un arma de doble filo como alguna vez lo diría Heidegger.

Con esto sostengo que la creación poética nos otorga una serie de planteamientos frente al vasto mundo que nos ha tocado. Mas la palabra poética de ser ese espacio de recuperación de la derrota sufrida y que sólo se hace victoria escribiéndola nos ofrece la libertad de vencer las sombras, las oscuras cavernas del silencio y de la nada. Porque

la verdad deberá ser defendida mediante la palabra que todo lo soporta y que siempre se nos vuelve un asidero cercano y certero.

Desde esa condición humana y divina se inscribe el acto creador: búsqueda del alimento sagrado que sólo otorga esa verdad tantas veces escrita. Esa noción como acto filantrópico necesita de la conjunción de la palabra, pero también de la certeza como aproximación única y necesaria. De ahí que la palabra poética y lo que contiene como hábito de vida contemple además el espíritu de rebelión. Una verdad desde la creación poética debe estar abrazada a la propuesta de revelar y rebelar el misterio, como diría Vicente Gerbasi *el poeta coloca a los demás al borde de un abismo*. Él despierta el espíritu de la rebelión. O como diría Juan Sánchez Peláez “aunque la palabra sea sombra en medio, hogar en el aire soy otro cuando me veo atado a ella, en el alba o en la tempestad” (Sánchez, 1993, p.118). La angustia que es generada por la incesante necesidad de comunicar se plantea además en la contemplación de lo presenciado, de lo visto, de lo vivido.

El poeta sale a comunicar el secreto. Existe algo que lo moviliza y ese acto es el misterio y la única defensa que tiene el escritor es la palabra, la expresión pero esto no lo hace estar acompañado. El ser frente a las sombras que son generadas desde la escritura precisa y confronta otra realidad: la inevitable fortuna del tiempo que se hace igualmente sombra en lo que escribe o hace. El ser humanamente corroído se convierte en fuente de desesperación. No sólo Jesús de Nazaret está solo ante su destino como diría María Zambrano, también lo “está el escritor que niega rotundamente su condición que es condena y angustia” (Zambrano, 1993, p.145) siempre en acecho, el escritor tiene una doble misión: escribir y comunicar. Se halla pues, frente a la nada que también es parte de su amargura y posterior tragedia. El escritor padece una suerte de delirio trágico donde es puesto como receptáculo de lo sufrido, cierto, uno de los principios de la tragedia

contemporánea profetizada por Rilke. Y que será además la aparición de una suerte de subjetividad galopante; la que nombre los inicios de una nueva edad. Edad que fijará a la escritura su lugar común, fuera de los límites que solo la palabra transfiere.

La escritura se vuelve entonces frente a lo imaginado en certeza, pero esto sólo es posible desde un escenario que el escritor ha vislumbrado desde su atiborrado escenario. Es como una necesidad de expresión que necesita ser defendida, convertida en luz para alumbrar a los seres en soledad. Ciertamente, como un delirio que padece el escritor y que sólo se libra en el acto mismo de la escritura. Eso que decíamos hace un rato sobre la escritura que necesitaba ser comunicada era para caer en cuenta que la creación poética fuera del extravío, es alimento, vida y nacimiento de la subjetividad. Pero también no deja de ser una confesión que igualmente permite no sólo al que escribe sino al que lee o escucha descubrir el secreto que solamente se manifiesta cuando nos disponemos a contemplar el misterio emanado desde los albores mismos de lo confesado a través de la escritura.

El lenguaje que se despliega para atender los interdictos del sentido; emergencia por comunicar y trazar los albores de horizontes: configuración de lo real que será puesto sin cesar en los deslindes de lo subjetivo. Solo lo escrito se transfigura en subjetivema cuando da sentido a lo dicho u escrito, pero que tendrá como lo señalara Víctor Bravo que atravesar o “someterse (...) a los muros protectores y tranquilizadores del sentido, al rigor de la gramática, al oscuro dictamen de lo real” (Bravo, 2007, p. 95). El ser como sentido desplegará y otorgará otro sentido bajo el dominio de lo científico, las redes para reconfigurarse también en horizonte de comunicación.

La palabra poética es entonces un misterio oculto que es develado y revelado por los hombres y mujeres en comunión- solo así nos hacemos parte de ese conglomerado universo de palabras. Pues el poeta dice y crea

mediante el lenguaje lo real que es también su manera de mirar el mundo, es decir, lo real se subjetiviza, se crea pues, el escenario para nombrar lo otro que también soy, ese otro que soy es un yo de la sensibilidad, el cual comporta una serie de significados.

De manera que el ser configura y reconfigura desde su lugar de enunciación lo otro del texto o lo que llamaría Ricoeur su horizonte. El ser que entra en esta dinámica ya es otro que percibe lo real: su universo óptico. Pero además se sumerge en el fango secreto de la verdad para ser dicha, comunicada, también defendida en contra de los que hablan en nombre de ella y dicen aceptarla; que sea la palabra una certeza que crea espacios imaginarios, ya no es una alucinación propiamente del escritor; también será una labor que deberá emprender el lector como sujeto sensible.

Además, sostiene que ella misma pueda ofrecernos más allá de la necesidad de decirnos algo; y que nos otorgue la capacidad de recuperarnos. Sólo un verdadero acto de comunión con la obra poética nos indica la trascendencia primera. Aquella que por la desobediencia a la divinidad desencadenó una serie de frustraciones y temores que no nos permitió ver la verdad: que es el inicio de toda manifestación de lo sagrado como alguna vez se pensó de la poesía frente a las formas dominantes de la religión y la filosofía que pretendieron leer el mundo y descifrarlo.

Estos aspectos incidieron en el acto mismo moldeando la conciencia como procesos de cambio condicionando al ser y confinándolo al despliegue último de su referente, mas no como confesión sino como ocultamiento de lo escrito. Pues no se escribe porque solo se tengan necesidades estéticas o narrativas; se escribe porque la vida del ser necesita decirse que luego encauzaría en el hecho escritural; también porque la vida o sus circunstancias reclaman sentido, un sentido como acto necesario de expresión. Se precisan, estos planteamientos, que por un lado necesitan decirse, y por el otro su

significado que reclaman más allá de su enunciación.

Ante el vasto universo la palabra recorrerá los atribulados escenarios que solamente dan sentido a lo escrito. En esa impertinente manera de lograr una idea acerca de lo creado, la palabra viene en rescate para acallar la confusión que será librada en la escritura como fijación de lo real, de lo que acaece, de lo sucedido. Esta determinación será orientada por el sujeto que ha transformado su noción en el hecho de lo real, como forma y sentido de lo escrito u confesado. De ahí su incesante búsqueda hacia lo perdurable, su comunión con las otras maneras de manifestar la existencia humana. Su incesante aplomo hacia las formas de trascender el misterio.

La poesía como revelación y ocultamiento hacen posible revelar y rebelar al ser y con él su complejidad; diríamos la necesidad de nombrar el mundo y sus interdictos, sus circunstancias y sus sentidos. La poesía y el arte como la única vía para nombrar el asombro y la perplejidad como diría Borges acerca de ellas. ¿Qué se nombra cuando se crean sus verdades más apremiantes?, ¿qué se instaura más allá de ese secreto hablado u escrito? Qué decimos cuando todo cesa entre los hombres y mujeres... a qué remotos universos nos referimos. Se dice el poema para alcanzar de alguna forma el estremecimiento y nombrar la experiencia de lo bello y lo sublime, pero este nombrar como fuerza que transgrede los límites del discurso, nos ofrece el desocultamiento de lo otro que habita en los bordes; y con ellos, el nombrar la conciencia crítica como ofrecimiento de la modernidad, como acto de conocimiento: una era ciertamente de complejas revelaciones que nace a partir de la pregunta. La palabra como certeza nos obliga a decir y más allá a decirnos en comunión.

No nos separa de lo real, nos crea escenarios de conciencia, nos ubica y nos vuelve a ocultar. De allí, lo que Ricoeur señalara “el doble ocultamiento” (Ricoeur,

2004, p. 118). Por un lado revela sentido para que seamos merecedores de un conocimiento, sin embargo, no nos permite más allá de los sesgos propios de lo develado, conatos de revelación de la verdad propiamente dicha. En ese apartado discontinuo, la palabra poética nos lleva de la mano a la reflexión y al diálogo, de manera que nos conduce plenamente a otros universos paralelos donde el arte, asidero certero nos derrota y crea el otro lenguaje: ese al que tanto tememos y al cual tomamos distancia. Una distancia que es una forma de ocultarnos también a nosotros como lectores.

En ese afán de comunicar, se revela el acto mismo de la escritura donde certeza e imaginación se desbordan. Noción en el tiempo donde reposa el propio sentido de lo escrito, mas la palabra guarda su voz como instrumento de comunión entre los hombres, que no deja de ser noble o amable. De allí, que la certeza en la palabra poética no deja de ser y de tener acontecimientos sagrados y divinos. Pues en el principio fue el verbo y con él la mirada sostenida de dios sobre todas las cosas. Se instauran estadios de conciencia pero éstos solamente comporta los mecanismos iniciales para emprender el gran viaje a la presencia primera que no es otra cosa que el sentido de lo dicho que sucesivamente en el tiempo irá adquiriendo cuerpo en el texto.

Una vez acaecido el secreto confesado en boca del ser se inicia el gran viaje a la comprensión, de la verdad manifestada en el conocimiento. Nada reposa en los mares ignotos y turbios: todo es consecuencia de la necesidad de comunicar ese gran secreto que ha emergido de la libertad que posee el que escribe. Sin embargo, una vez escrito el poema, el vacío es constante, la huída se manifiesta en ese ir y venir apocalíptico. En esa nada que deja lo escrito se nos viene la angustia que ha nacido igualmente de esos estados iniciáticos de conciencia. Estos dos referentes que constantemente desembocan en el propio saber incurren misteriosamente

develando su gracia; aparece su sombra como ofrenda queriendo trascender su sentido, otro de los aspectos que son revelados en la obra escrita. Y así vuelven a cobrar sentido de lo dicho u escrito para ser posteriormente hálito de vida y comunión.

La escritura como certeza e imaginación no cesa de abrir los territorios más preciados y amados por los seres que entran a la luz guiados pues, por la prestancia y presencia del otro que soy también. Pues la escritura nos otorga más que conatos de claridad la posibilidad de trascender desde la verdad y la historia; y el horizonte vasto y condenatorio perderá peso desde las raíces misma de la nada. Entraremos ciertamente a la luz que nos da sólo la palabra. Como una especie de violencia suprema será consumada en victoria; será la aparición de la conciencia: única manifestación del hombre sobre la tierra que dio origen al lenguaje y por supuesto a la aparición de la pregunta como dadora de la razón. En ese espacio aún reducido por la capacidad de la interrogación el escritor tienta en las oscuras cavernas del conocimiento para adentrarse con avidez y amor al profundo padecimiento que otorgó precisamente sentido al abismo. Pues la escritura como certeza ofrece el principio de las cosas y libera con la verdad no sólo lo que solemos amar, sino de lo que vemos por perdido u olvidado.

El poema nos dirá Octavio Paz nos hace recordar lo que hemos olvidado y lo que somos realmente. De allí, que la certeza en la palabra poética descubre con la voz el secreto que no es solamente hablado o discutido; la verdad que es sombra se mostrará en palabra escrita y hallará al ser con voluntad propia. Será este el principio que promete, muchas veces repetido y lanzado a los confines de la subjetividad. Sin duda alguna, la palabra será el puente y agente inexorable que nos unifique y nos haga partícipes de la libertad como reducto donde las sombras no entran. Así será mostrada en obra como consecuencia de lo divino. Así entraremos serenos los hombres y mujeres al plácido encuentro con

la palabra, ya no como sombra sino como verdad y escritura.

La noción que soporta este imaginario confluye precisamente entre esos dos escenarios que se contraen entre el tiempo que los sumerge y la capacidad de interrogación que se supone está sobre ellos. Surge pues, un tiempo que sólo crea espacios donde certeza e incertidumbre alcanzan apenas estadios plenos de conciencia: conceptos claves para leer y redescubrir el secreto que solo en boca del escritor anida. Es una experiencia que no cesa en esa reflexión temporal. Al hablar de estadios de conciencia nos remitimos a esas pugnas generadas desde los albores que se materializan y que impiden el desenvolvimiento de estos discursos: intentos claves que pretenden dinamizar los procesos de comprensión e interpretación. Esta será la ardua labor que deberá asumir con responsabilidad y aplomo el que ose posar su mirada ante el vasto e inabarcable territorio de la palabra.

Ambas naturalezas comportarán dimensiones disímiles pero no distantes: temporalidades que se materializan en el acto mismo de la escritura. Como planteamiento de lo real, tanto ella como lo oral se constituyen fuera del tiempo cronológico en otro que solo está configurado desde lo narrado, este pasará a consolidar el horizonte íntimo del tiempo. Y la certeza, al igual que lo imaginado recorrerá sendos y amables espacios que sólo la palabra inaugura. Este es la apuesta por la palabra que ya no será la que trace soledades y pretenda desarticular todo intento por redescubrir el secreto que solamente se devela en el acto mismo donde ha emergido. Si es así, lo dicho u escrito tendrá solo hallazgos y ciertamente más encuentros.

Queda pues, aquella sentencia dicha por María Zambrano acerca de lo escrito y que “es estructura de lo combativo como todo ejercicio que rompe con las dimensiones de lo real, pero que inevitablemente es su noción y propósito” (Zambrano, 1993, p.137). No hay página en blanco en los albores de lo

narrado, solo resonancias, miedos y una suerte de recuperación del mundo a través de la escritura.

Para Ricoeur “la comprensión implica estas dialécticas que se constituyen a partir del diálogo que sólo es un factor clave para entender las diatribas que se generan en los encuentros y diferencias” (Ricoeur, 2004, p. 167). Otra de las dimensiones como parte de las respuestas que el humano ser despliega como forma de darle espacio y tiempo a lo dicho, pero que tampoco escapa de lo que se escribe como consecuencia del sentido que reclama fundamentalmente el lenguaje.

Estos acontecimientos, son una aporía como resultado de la relación de intercambio o reciprocidad: entiéndase esta como estructura no solo de lo que se escribe como fijación de lo real, también lo es desde lo oral como parte de ese universo que se desprende a partir del enunciado. El sujeto que dice y su pensamiento hacen de la palabra un proceso que no está alejado de la conciencia. De allí se desprende uno de los planteamientos, quizá el que más ha causado revuelo y es la manifestación de lo referencial: acto ya no como representación de lo visto o sentido: sino aquel que ha logrado consumirse en la propia dimensión temporal, pues nada queda en los márgenes; todo queda dentro como respuesta a la incesante necesidad de ser uno.

Como interrogación el sujeto no pierde sus rastros en el enunciado, pensamiento y palabra se abrazan en esa nada discontinua que se nutre esencialmente de tiempo; nada en los bordes, solo horizontes que se desperezan acudiendo al sentido: único reducto de contaminadas resonancias y anhelados encuentros. ¿Qué son las palabras sin un propósito?, ¿a qué escenarios acudimos cuando todo cesa y se desmitifica entre los seres? Son acaso las palabras las que acuden sigilosamente ante el vasto universo que las ha arrojado sin misericordia al ancho e inhóspito mundo. Sin esta advertencia certera la pugna será de nuevo librada en el plano de lo real, pero ya no como misterio, sino como experiencia

que anhela la verdad tantas veces repetida. Esta tendencia a poner sobre la mesa dos fundamentos que inevitablemente están solo en la conciencia del ser; y que desembocan en el texto aunque la escritura por haber hecho su aparición tardía no haya puesto en detrimento lo que ocurría pasionalmente en el terreno de lo oral. Como forma de lo certero y lo imaginado se yuxtaponen dos terrenos que aún están por reconocerse. Esa relación aún disimil por el tiempo no es nada entrañable, la sola presencia de esa distancia se corresponde a un discurso que apenas abre sus alas, ocupando el lugar de otro discurso que debe igualmente comprenderse y conservarse, también reconocerse desde lo diverso.

La aparición de estas dos complejidades entra, no así el misterio que las ha antecedido, como noción para su ubicación en el plano de lo subjetivo y que desemboca inevitablemente en el lecho de lo real. Si bien ambas naturalezas se encuentran separadas por un concepto, su relación es más que una suerte de compañía; no en balde, su concreción en el ámbito de la escritura es consustancial con el referente que sí parte de aspectos netamente ambiguos. En la escritura, la certeza de lo dicho es referida, además a lo de la imaginación, o a una poética de lo imaginado que vendría a simbolizar más adelante como la materia con que labora el escritor. Prescindir de alguna de ellas, sería aniquilar sus componentes neurálgicos. Evadirlos, sería romper con lo otro; y posteriormente restarle su debida importancia en el plano de lo narrado.

Pero si algo es catalizador en los aspectos de la escritura es la certeza que vendría a simbolizar lo que Paul Eluard citado por Rodríguez habría anunciado hace algunos años en que el poema es: “una suerte de tránsito que no acaba en el hecho de la palabra” (Rodríguez, 2008, p.43), solo es pasajero así como los sueños que están compuestos por materiales diversos, así la palabra poética, así el poema se reviste de sucesos que nos han marcado, es inevitable, pero también un dejo de amargas y detestables incertidumbres

que ciegan su sentido y propósito. Sin ser distantes y apresurados podríamos decir que esta complejidad es apenas una parte de lo que el escritor construye a partir de esos conatos de referentes. Sin un dejo de sospecha, presentimos lo dual en el campo de la comprensión donde certeza e imaginación atesoran grandes conquistas; y con ellas la posibilidad de trascendencia. Pero sin intentar rozar de manera concisa, la certeza estuvo asediada por zonas que tendían en su mayoría a desaparecer. Las líneas que una vez se vislumbraron de manera extraordinaria se tornaron a finales del siglo XIX como irreconciliables, salvo algunos intentos por acallar las sombras que se tejieron en torno a la escritura.

Cierto, nuevas formas asomaron la posibilidad una vez más de tomar el cielo por asalto, sin lugar a dudas, la experiencia de esas zonas apenas perceptibles fueron creando los otros discursos, ya no imaginados, sino más cercanos a nuestra condición. Discursos otros, de lo confesado prefigurando desde el orden las clausulas reales de lo nombrado; y con ellas la posibilidad de trascender en el tiempo.

Referencias bibliográficas:

- Bravo, V. (2007). *El señor de los tristes y otros ensayos*. Caracas. Monte Ávila Editores
- Deleuze, G. (1993). *Critique et clinique*. París. Les éditions de minuit.
- Ricoeur, P. (2004). *Del texto a la acción*. México. Fondo de Cultura Económica
- Rodríguez, Esteban. (2008). "Imágenes poéticas". Revista *Poda*. N° 7, p. 43-46.
- Sánchez, P. J. (1993) *Poesía*. Caracas. Monte Ávila Editores
- Zambrano, M. (1993). *El hombre y lo divino*. México. Fondo de Cultura Económica.